

CONFERENCIA

CHILE EN EL ULTIMO CUARTO DE SIGLO Visión de un economista liberal

Pablo Baraona Urzúa **

La gravitación de las grandes ideas y tendencias ideológicas en las formas de organización política y socioeconómica de los países, así como la creciente preponderancia del "capital humano" como factor de desarrollo, son los temas centrales de la ponencia que se reproduce a continuación.

El socialismo, la autarquía y el corporativismo, que en distintos grados prevalecieron entre los años veinte y sesenta, se están abandonando en los últimos tiempos en forma cada vez más acelerada. Hoy la tendencia es hacia la desregulación y la economía de mercado. Los acontecimientos locales, según esta línea de argumentación que sigue aquí a Francis Fukuyama, sólo explican la "oportunidad" en que dicha reversión y cambios comienzan a producirse. En cuanto al derrumbe del marxismo y de las economías socialistas, se destaca que éste se ha debido en buena medida a la incapacidad de advertir la importancia creciente

*Texto de la conferencia dictada en el ciclo "Historia de Chile en los siglos XIX y XX", Universidad Finis Terrae (septiembre 1990). Un extracto de la misma fue publicada en *El Mercurio* el día 7 de abril de 1991.

**Rector de la Universidad Finis Terrae. Ha sido Ministro de Economía, Ministro de Minería y Presidente del Banco Central. Consejero del Centro de Estudios Públicos.

del "capital humano", como asimismo al hecho de que este último no puede ser objeto de colectivizaciones ni planificaciones en el sentido y en los términos en que lo entendió el socialismo.

En busca de una perspectiva

El que escribe esta pequeña historia estuvo demasiado involucrado en la actividad nacional de los últimos veinte años —a partir de 1970— como para tener la objetividad y perspectiva suficientes y así captar la esencia de lo acontecido en Chile en esos años, sin perderse en detalles que podrían interesar a muy pocos.

Para remediarlo, un ejercicio: ubicarse en el año 2020 y desde allí intentar una breve historia de Chile en el último cuarto de siglo (1975-2000). Una síntesis de ella: el nervio y los huesos. Si de la cantidad enorme de hechos, personajes y circunstancias de esos años se obtiene grasa y carne fofa, se ha hecho mal la tarea. Intentaremos hacerla mejor.

En Chile, 1973 marcó el fin de un período. Ese año se revirtió un proceso político y económico social que probablemente se había iniciado en los años veinte. El sistema sufrió un colapso. Las Fuerzas Armadas tomaron el control de la situación. Dieciséis años más tarde entregaron a una mayoría civil un país distinto y un poder distinto. El de 1973 es, pues, un año decisivo en nuestra historia, que marca el fin de un período y el comienzo de otro.

La fuerza de las ideas y del ambiente

Se podría decir que en el período 1920-1973 hubo mandatarios y congresos de muy diferentes signos ideológicos, y que lo mismo sucedió entre 1989 y el 2000. Es cierto, pero lo que intentaremos demostrar es que las grandes ideas, el pensamiento común de los académicos, la opinión pública y el ambiente ideológico internacional influyeron en las decisiones políticas de tal manera que hacían prácticamente irrelevantes las ideas de mandatarios y congresistas durante ambos períodos.

Un ejemplo: el gobierno de don Jorge Alessandri (1958-1964), conservador, con fuerte apoyo empresarial, no logró revertir en forma alguna el proceso que se venía desarrollando en Chile. Por el contrario, los primeros

pasos de la Reforma Agraria se dan en ese período. A mayor abundamiento, una anécdota: en 1959, cuando se trataba de administrar la Empresa de Comercio Agrícola (ECA) —empresa del Estado que detentaba el monopolio de la comercialización de trigo y otros productos, especialmente de la carne de vacuno—, se buscó al funcionario más antiestatista, antiburocrático, duro y pro libertad de comercio para el cargo máximo, y se le nombró en él. Al cabo de un mes en el ejercicio del cargo, tal funcionario propuso que la ECA tomara el control no sólo de la importación de carne sino, también, de las carnicerías. Era una de las tantas manifestaciones de la gran ola ideológica socialista, en su pleno auge de los años cincuenta.

Otro ejemplo nos lo entrega el gobierno de la alianza demócrata-cristiano-socialista en los años noventa. Ambos partidos, grandes estatizadores, nacionalizadores y expropiadores en años pasados, culminan más tarde el proceso privatizador iniciado en 1973, muy discutido en su tiempo, vendiendo a entidades privadas las empresas de agua potable, los ferrocarriles, la minería del carbón y del cobre, el petróleo, los puertos y las empresas navieras. Esta aseveración, como otras más adelante, se hace sólo a título de pronóstico.

Los grandes síntomas de que así sucedería se escuchaban ya en 1990, a propósito de la ineficiencia de Codelco y del aprovechamiento que de esa empresa hacen los sindicatos, y de la alternativa de muerte o privatización que enfrenta la empresa de ferrocarriles.

¿Cuál es el proceso que se revierte con tanta fuerza que hace irrelevantes las ideas de los gobernantes y hace cambiar de parecer a partidos políticos completos?

El cambio en la tendencia

Como nos referiremos sólo marginalmente a cuestiones propias de la política, resumamos en tres las tendencias características de la organización económico-social que se revierte, (i) Donde la autoridad había ganado terreno en la toma de decisiones, ella comienza a retirarse y empieza a decidir la gente. El dogma o *slogan* "Estado sí, mercado no", se termina y finalmente se revierte, (ii) Donde la autarquía ganaba terreno y el comercio lo perdía; donde el país producía todo lo que necesitaba y guardaba para sí lo que podía consumir y sólo exportaba los "saldos"; donde importar era "gastar" divisas; donde... Todo eso cesa. El comercio con el mundo comienza a expandirse; se exportan no sólo "saldos", se importa no sólo lo que alguien dice que falta. En suma, el proceso se revierte, (iii) Los "pobres" que movilizaron la

organización económica y política resultaron ser falsos; los pobres de verdad no participaban en la vida política y social, en la cual apenas lo hacían las cúpulas políticas o sindicales que decían representarlos. Presentes en la vida política estaban sólo los que tenían que ver con el reparto y el conflicto: los trabajadores dependientes que estaban sindicados. De allí el concepto prevalente de que quitando a algunos se solucionan los problemas de otros. Las fijaciones de precios, la reforma agraria, los saldos exportables, etc., son hijos de esa idea. Se llegó en esta materia a confundir el verdadero objetivo: "un país sin pobres", por otro: "un país sin ricos".

Se revierten, pues, las tendencias: más mercado, menos autoridad; más comercio, menos autarquía; combate a la pobreza, no a la riqueza.

La fuerte tendencia al socialismo, a la autarquía y al corporativismo oligárquico fue alimentada por factores tan variados como las dos guerras mundiales y la crisis de 1930; la revolución bolchevique; el prestigio de los Estados; la moda intelectual de la ingeniería social totalitaria y la ignorancia acerca del funcionamiento de una organización social libre. Lo importante para nuestros efectos es que la tendencia era muy fuerte entre 1930 y 1960, retroalimentada por su propia lógica interna, donde un control llama al otro. Esa tendencia, en Chile, cambió a partir de 1973.

La nutrición del estatismo

Cuando todo lo decide el Estado es fácil fabricar trampas en que pueden caer aun los gobernantes más serios. Se trata de presentar los problemas de tal manera que los beneficios de una acción aparezcan concentrados y conocidos, y sus costos diluidos y desconocidos.

El estatismo creciente; el cierre del comercio exterior y, particularmente, la inflación, tienen allí una teoría general que explica su presencia conjunta en la mayor parte de los países latinoamericanos entre 1930 y 1990.

¿Puede un gobernante, que tiene en su mano el poder de decisión, negarse a aumentar un arancel de aduana o a prohibir una importación si ello significa cesantía, quiebras, menor actividad en una zona o falta de mercado para una materia prima nacional, etc., en circunstancia de que nadie conoce el costo de actuar en el sentido pedido por algunos? ¿Puede un gobernante, que tiene en su mano el poder de decisión, negar un crédito a una empresa en falencia para conservar empleos, actividad en la zona, todos beneficios concentrados y conocidos frente a un costo desconocido y diluido? Estas situaciones y las decisiones que en cada caso toma la

autoridad explican el estatismo, la autarquía y la inflación; aun despojando a quien toma la decisión de todo prejuicio ideológico. Cuando la autoridad tiene demasiado poder, la presión social se hace irresistible para que lo incremente aún más.

Otros ejemplos: antes y después

Bien, pero estamos haciendo historia. ¿Por qué Chile? ¿Pasó algo similar en otros países? Evidentemente sí. Chile no es una isla ni lo fue nunca. Los movimientos ideológicos y las circunstancias económicas siempre repercutieron en Chile. Lo sucedido en nuestro país sucedió en otros países antes y después.

La Alemania posnazi y de posguerra se organiza sobre la base de una economía abierta de mercado. Con Adenauer y Erhard logra salir con rapidez y sin conflictos de las ruinas de la guerra. Cuarenta años más tarde prácticamente absorbe a otra Alemania organizada bajo el sistema socialista. Es Ludwig Erhard, Ministro de Finanzas y más tarde Canciller de la Alemania Federal, quien bautiza la economía libre aplicada en su país como economía social de mercado. De mercado, porque es libre y abierta; social, por su atención a los pobres.

Italia en sus primeras elecciones generales de posguerra se juega su destino. Triunfa la corriente no comunista, y de Gasperi, Einaudi y otros operan sobre la base de una economía libre que tiene la fuerza suficiente para entregar a ese país un progreso sostenido por muchos años. Sus líderes conocen las materias económicas y son liberales en su forma de ver las cosas. El progreso italiano sorprende mucho, porque se da en medio de graves inestabilidades políticas. Incluso el país está largos períodos prácticamente sin gobierno. Se crea allí un modelo digno de ser estudiado y, tal vez, imitado, donde la economía y la política se independizan en alto grado.

De Gaulle, en Francia, ya en los años cincuenta, pone fin a una crisis de proporciones: zanja el problema de las colonias e inicia la modernización económica sobre las mismas bases de sus vecinos más fuertes: Alemania e Italia.

En el Oriente, Japón, con la decisiva influencia del General Mac Arthur, se pone en marcha inmediatamente después de la guerra. Con los mismos principios de organización se hará potencia en el transcurso del siglo.

En España, Alemania, Francia y otros países europeos se advierte ya en los setenta cómo los partidos socialistas van abandonando el estatismo

y, desde luego, el marxismo-leninismo. En esa época los intelectuales europeos se vuelven escépticos respecto de la bondad de los socialismos reales y abandonan los partidos que los propugnan.

Los países detrás de la cortina de hierro siguen su marcha bajo rígidos esquemas políticos autoritarios y de planificación detallada en su organización económica durante los años 70, aunque en Checoslovaquia, Hungría, Polonia y Yugoslavia se han producido ya importantes y manifiestos gérmenes de rebelión.

A fines de los años 70 y hasta los 90 se producen los grandes cambios que han sido precedidos por los países europeos occidentales, por Chile en América latina y por otros países exitosos en el Oriente: Corea, Singapur y Taiwán.

Argentina, Brasil, Perú, México y otros países de América latina iniciaron vastos programas de desestatización y de apertura comercial en los noventa. Lo hacen después de haber estado cercanos al caos más absoluto. Los principios que aplican son los mismos.

El más importante de todos los cambios es, sin duda, el de la Europa del Este, incluida la Unión Soviética. Los principios de una economía de mercado abierta, competitiva y con preocupación por los más pobres o desvalidos se establece allí firmemente y explica el progreso alcanzado en esos países hacia fines del siglo XX.

En suma, el mundo converge. Se abandona un sistema de organización social que, desde el punto de vista de la historia, fue un experimento en algunos países y sólo una alternativa en otros. Este, como todos los grandes cambios —la abolición de la esclavitud, el término del colonialismo, la creación de los Estados nacionales, etc.—, se produce durante un período prolongado, de cincuenta años, a partir de la década de los cuarenta.

El abandono del socialismo como forma de organizar la producción en los países del Este fue muy abrupto e inesperado. Diez o veinte años antes nadie hubiese hecho esa apuesta. Tal vez la contraria —el triunfo del socialismo— hubiese tenido más adherentes.

La incapacidad de seguir a Estados Unidos en la carrera de las armas —la carrera del bienestar material la había perdido años atrás— fue lo que decidió a la Unión Soviética, hacia fines de los 80, y con ello a los demás países del Este, a cambiar el sistema. Bastó que Estados Unidos, bajo la presidencia de Reagan, privilegiara en alguna forma la defensa para que en pocos años la Unión Soviética se sintiera incapacitada de enfrentarlos con una organización económica, la suya, bastante menos eficiente.

La evidencia de que para organizar la producción no hay alternativa mejor explica la adopción, en 50 años, en todo el mundo, de la economía de

mercado. Unos probaron la planificación total y el socialismo autoritario; otros el populismo y el corporativismo; otros, los híbridos, con planificación indicativa y presencia firme del Estado. Todos fracasaron y volvieron al mercado, a la gente, como la principalísima instancia de decisión.

Mercado y democracia: ¿el fin de la historia?

A la pregunta de por qué la economía de mercado emerge de un caos —como en Chile, Alemania, Italia, Argentina, Checoslovaquia, Unión Soviética y otros países— tal vez haya que responder que esto obedece a que no tiene atractivos especiales; no es poética ni heroica, pero funciona. En Argentina y Perú, al inicio de sus reformas, la opinión pública pensó que votaba por otra cosa al elegir sus presidentes constitucionales. En menor medida, en nuestro país habría sucedido lo mismo.

Fue tan fuerte la ola reformista que azotó al mundo de norte a sur, de occidente a oriente, que no quedó país importante sin ser afectado por ella: no quedó organización socialista alguna en pie. La armazón intelectual del socialismo no podrá liberarse por muchos años de la secuela de la reforma.

Un distinguido intelectual y analista político, Francis Fukuyama, se preguntó en 1988 si éste era el fin de la historia, refiriéndose a la historia de las ideas.¹ El capitalismo democrático había derrotado a todas las ideas. El mundo giraría sólo en torno a aquél en el futuro.

El año 1973 fue, en consecuencia, el que puso fin en Chile a un período e indicó el comienzo de otro. Para Alemania fue a fines de los 40; para los países grandes de América latina fue a principios de los 90, pero en todos se produjo el cambio.

Nuestra siguiente tarea será explicar por qué.

Ubicándose en el año 2020 resultará menos trabajoso allegar antecedentes para explicarse los cambios habidos en el mundo en la segunda mitad del siglo XX.

Hacia un estado natural

Previamente, digamos que el cambio que intentamos explicar es de aquellos que vuelven el orden social desde uno sostenido por el ejercicio de la autoridad a otro de carácter más natural para las cosas y las personas. La

¹ Francis Fukuyama, "¿El fin de la historia?", *Estudios Públicos* 37 (verano 1990).

así llamada ingeniería social —creadora de todos los "ismos" de la primera mitad del siglo— pretendió moldear una organización humana que intentó ir más allá de lo que ella, aparentemente, soportaba. La sola presencia del Estado actuando más allá de un cierto límite implica modificar ese orden natural: impuestos, gastos públicos, fuerzas armadas, administración de justicia y otros, son instituciones que suponen acuerdos y autoridad. Pasado un cierto límite, esas entidades contradicen el estado natural de las cosas. La facilidad para la construcción de un orden nuevo dependerá en gran medida de si él se acerca o se aleja de aquel orden natural objetivo.

La explicación, pues, de lo sucedido en Chile a partir de 1973 debe buscarse más en razones generales que afectaron la organización social en todo el mundo en términos parecidos, que en acontecimientos locales chilenos. Estos últimos, más bien, se relacionan con la oportunidad (1973). Es decir, los principales actores personales e institucionales podrían haber sido en Chile otros, pero el cambio y desenlace habrían sido parecidos. En otras palabras, la evolución chilena se debe, en menor medida, a Allende, Frei o Pinochet; a los partidos socialista; demócratacristiano y otros, y en medida mucho mayor a las mismas razones que explican las transformaciones generales del mundo ocurridas a partir del término de la segunda guerra mundial y hasta el cierre del siglo.

Las razones del cambio

¿Cuáles son estas grandes razones? A mi juicio, dos principales o matrices: la creciente preponderancia del capital humano como factor del desarrollo y el fracaso reiterado y demostrado de las decisiones públicas; es decir, la diferencia entre lo que debió ser y lo que fue la acción del Estado.

El capital humano en escena

El capital humano es el nombre dado por los economistas modernos al conjunto de conocimientos, iniciativa, inteligencia, habilidades, disciplina, autoridad, rigor, tenacidad, memoria y otros atributos de que están dotados hombres y mujeres, tanto individualmente considerados como en su vida social. Con anterioridad, el capital o riqueza de una comunidad o nación se asociaba a las tierras, los mares, los climas, los minerales: los recursos naturales en general. Más tarde a las maquinarias, puentes, caminos, edificios: el capital creado por el hombre.

Cuando la economía cuantitativa moderna comienza a buscar explicaciones más precisas de ciertos fenómenos —y tiene éxito— aparece como un gran desconocido el principal de ellos: el desarrollo o progreso. En la búsqueda de una explicación de por qué algunos países progresaban en ciertos períodos y no lo hacían en otros y, también, por qué había países más ricos que otros, la ciencia económica se enfrentaba a una situación de contradicción con los conocimientos convencionales; de carencia de instrumental para explicar el fenómeno del desarrollo.

Los intentos por explicarlo fracasaron continuamente. A los aumentos de capital y población era atribuible sólo una fracción menor de los progresos alcanzados. La parte no explicada por los factores productivos convencionales era atribuida genéricamente, hasta bien avanzados los años cincuenta, al llamado "progreso técnico".

El fenómeno ocurrido en la parte de Alemania que más tarde fue Alemania Federal, desde el fin de la guerra y por aproximadamente diez años, dio luces para explicar el impacto del capital humano en su desarrollo. En efecto, si se medía el capital físico destruido en Alemania y la fracción de población desaparecida o mutilada después de la guerra, podía hacerse una predicción de los necesarios montos de inversión y plazo para su recuperación, todo ello en términos convencionales. Pues bien, una organización adecuada permitió que, en la mitad del tiempo previsto y con la mitad de ayuda programada, Alemania recuperara su nivel de vida de antes de la guerra y después continuara en un sostenido y sorprendente ritmo de progreso.

El proceso de recuperación alemán —junto al de otros países de Europa Occidental— movilizó las inteligencias en busca de su explicación. Probablemente quien más contribuyó a arrojar luz sobre el problema fue el economista y premio Nobel Theodore W. Schultz, con sus estudios sobre el capital humano. El y sus seguidores incorporaron explícitamente a las personas como factores productivos o económicos. Ya el hombre no sería solamente un ente moral, o político, o social, sino también económico, y de la primera importancia desde el momento en que sus atributos contribuyen decisivamente a explicar lo que antes era ignorado: el desarrollo económico.

La expansión —especialmente de la educación superior y técnica— se potencia en esos años. Su creciente demanda se generaba en el hecho de que ella constituía una inversión de alta calidad, tanto privada como socialmente considerada.

Hoy día el valor económico de los hombres viene dado sólo por excepción por la fuerza física. Sólo en algunos deportes y en los circos todavía se privilegia y se paga por la fuerza y la resistencia físicas. La

jornada diaria normal de trabajo de sol a sol se reduce continuamente y los días laborales también, como un síntoma de que otros atributos humanos van aumentando su importancia económica relativa.

Los abolengos familiares o las herencias han pasado también a segundo término, en una sociedad más permeable al mérito y a los conocimientos, a la educación y a la iniciativa.

Fue el propio profesor Schultz ya citado, quien en los años ochenta midió la riqueza de su país, los Estados Unidos de Norteamérica, y concluyó que, ya en esa fecha, el valor económico que aportaban las personas, representaba más del 80 por ciento de la riqueza total del país.

El futuro es lo importante

Pensemos, por otra parte —como la historia del último cuarto de siglo lo muestra—, que la tasa de crecimiento de un país que sale del paternalismo o del socialismo corporativista para ingresar a la democracia liberal y al libre mercado suele ser superior al 7 por ciento al año. Ello significa que las fuentes productoras de riquezas nacidas en los diez años posteriores son tantas como todas las acumuladas durante la historia. La atención de los gobernantes de un país pobre no debiera centrarse, en consecuencia, en lo que se tiene sino en crecer; en lo que se tendrá. Creciendo al 7 por ciento al año el valor económico del patrimonio histórico anterior de un país cae al 50 por ciento en diez años; al 25 por ciento en veinte años; al 12,5 por ciento en treinta años y así sucesivamente.

Este hecho nuevo, la preeminencia creciente del capital humano, explica en forma importante, a mi juicio, el fracaso de las organizaciones económicas que no lo privilegiaron. De aquellas que se ocuparon de lo que había —reparto de tierras, impuestos patrimoniales, afectación de herencias, funciones sociales adicionales impuestas a la propiedad, planificación global de los recursos materiales, etc.— y de que las personas —el capital humano— jugaran un rol pasivo o simplemente disciplinado.

Vale la pregunta: ¿alguna organización estructurada de esa manera podría funcionar bien si no aprovechaba la parte más importante de su capital?

La iniciativa, la capacidad de adaptarse a los cambios, la percepción certera del riesgo de que está dotada una organización quedan cercenadas si las personas no son capaces de utilizar plenamente sus capacidades mediante el ejercicio de su libertad.

El fracaso del marxismo y de los socialismos reales radicó, en buena parte, en no haberse percatado de que el capital tradicional fue perdiendo importancia relativa a manos del capital humano y de que éste, en definitiva, no puede ser colectivizado ni planificado en el sentido y los términos en que lo entendió el socialismo.

Las decisiones públicas

Fueron los economistas y dentistas sociales como Alchian, Arrow y Buchanan, entre otros, los que estudiaron las decisiones públicas, tanto en la teoría como en la práctica. Demostraron que la regla de la mayoría simple no siempre garantiza una elección óptima desde el punto de vista social. Lo más importante, sin embargo, fue el estudio de las decisiones de las burocracias y los gobiernos y su comparación con las que debieron haber sido o con las que se esperaba que fueran.

La importancia de la distancia entre el óptimo y la acción de los gobiernos o autoridades públicas fue demostrada. Algunos estudiosos llegaron a sostener que era mejor que esos gobiernos nada hubiesen hecho porque las situaciones indeseables las modificaron para hacerlas aún peores. Problemas como la inflación, el desempleo y la pobreza fueron posibles de atribuir más bien a la acción de las autoridades que a su ausencia.

Un ejemplo ilustra el punto: la teoría económica del monopolio sostiene, básicamente, que éste es ineficiente o inequitativo por cuanto produce menos y más caro que la libre competencia y otorga a sus dueños un ingreso adicional que no corresponde al valor de los servicios prestados. Normalmente, los textos de teoría económica continúan diciendo que es el Estado, a través del gobierno de turno, el llamado a regularlo o manejarlo directamente, para evitar esos males. Hasta allí llegaban los textos, presuponiendo una actuación del gobierno impecable, en la representación del bien común ciudadano.

El estudio de muchas decisiones tomadas por los monopolios estatales o regulados llevó a la conclusión de que su accionar distó mucho de lo esperado y, más bien, dejó las cosas en peor forma que si nadie hubiese intervenido.

Otras decisiones también fueron estudiadas: la creación y gestión de las empresas públicas; la imposición y cobranza de tributos y aranceles; la emisión y regulación de moneda, etc. En todas ellas la distancia entre lo óptimo que el gobierno estaba llamado a realizar y lo efectivamente hecho era o había sido abismante.

En la duda sobre la eficacia (o simplemente fracaso) de la acción de los gobiernos y las burocracias hay una gran vertiente de explicaciones acerca del cambio de la organización social y política habida en la segunda mitad del siglo XX.

Tanto el surgimiento de una economía libre en Alemania e Italia de la posguerra, como el gran cambio en los países del Este de los años noventa, está iluminado por la decepción acerca de la conducta de los gobiernos. Podríamos decir que el Estado le falló a la gente. El Estado en todas sus formas.

Así, pues, los elementos comunes que a nuestro juicio explican los grandes cambios de la organización social en la segunda mitad del siglo XX, entre las cuales está el cambio habido en Chile a partir de 1973, son: la preeminencia creciente del capital humano sobre otras formas de de capital, por una parte; y la gran decepción sobre la capacidad de actuar bien de los gobiernos, por otra.

El fracaso del Estado

Tal vez convenga hacer una digresión sobre el Estado, para el caso de Chile, hacia fines de siglo. Desde el punto de vista de su acción, Estado y gobierno fueron en Chile la misma cosa. Considérense los presidentes Allende o Pinochet con los respectivos congresos o juntas o sus equivalentes. ¿Pueden actuar bien ambos? No. ¿Puede haber una mayoría dispuesta a aumentar el poder que ambos tuvieron en su tiempo? No. La respuesta a estas simples preguntas nos llevaría a concluir que el manejo del Estado puede ser a lo más mediocre. Pero el tema es más complejo.

Lo que aparecía como una entidad adornada de ciertos atributos —como la sabiduría, la justicia, la información total, el desinterés, etc.— resultó en realidad no ser más, sino menos, que los hombres que la manejaban. Porque esa entidad está sujeta a las más terribles presiones de los grupos de interés, a la desinformación, a la tentación de la corrupción y al atractivo de la inacción para no equivocarse. Todos defectos y situaciones que fueron subestimados por los propugnadores de la utopía del Estado "arréglalo todo".

Con la vasta acción del Estado no se terminó con los problemas serios que se pretendía resolver; por el contrario, comenzó uno nuevo, probablemente de mayor envergadura.

El colapso de los socialismos reales en los últimos diez años del siglo no fue sino el gran síntoma de que el Estado falló.

Es conveniente enfatizar que el análisis marxista de la evolución social no dejó espacio para la ciencia y la técnica y, por lo tanto, para el capital humano en la sociedad. Como éste es inexpropiable y desaparece si no hay voluntad de hacer, el socialismo se hizo un imposible para los tiempos modernos.

La nueva industria

El ocio es el hijo mayor del progreso. El puede ser bien o mal utilizado. El alcoholismo, la drogadicción, el terrorismo, el cultivo de las artes, la religión, el deporte, la práctica de la solidaridad, todos, y otros más, son hijos que crecen y reconocen una misma paternidad: el progreso.

La industria del ocio y de la formación del capital humano se va transformando, con el progreso económico, en la más dinámica de todas. Las universidades, los museos y los institutos de investigación; la pintura, la literatura, la música y otras artes; los deportes, las exquisiteces en materia de vestuario y de comida; la información y las comunicaciones son las grandes industrias de nuestros tiempos. También lo son la producción y el comercio de drogas y alcohol. Todas ellas superan en dinamismo a la industria tradicional. Requieren, además, del uso intenso de capital humano y del ejercicio de la libertad. El capital físico cuenta poco y la planificación global se hace imposible.

El cambio ocurrido en Chile fue, pues, el producto de factores que provocaron una transformación bastante radical en el mundo. Chile es sensible a ellos, como lo demuestra la historia. Esta vez, sin embargo, se anticipó en 20 años a los demás países de Latinoamérica, en parte debido a que el intento de llegar a un socialismo real también se anticipó. □